

su espada en la mano, dijo: Quien quiera que sea quien está ahí dentro salga luego fuera, que si no lo hace, por vida del Rey, que no me he de ir de aquí hasta que con la luz del día vea quién es y qué hace en tal lugar. Laura, que en la voz conoció á su hermano, pensando que se iría y mudando cuanto pudo la suya, le respondió: Yo soy una pobre mujer, que por cierto caso estoy en estelugar; y pues no os importa saber quién soy, por amor de Dios, que os vayáis; y creed que si porfiais en aguardar, me arrojaré luego al punto en esa sepultura, aunque piense perder la vida y alma. No disimuló Laura tanto la habla, que su hermano, que no la tenia tan olvidada como ella pensó, dando una gran voz, acompañada con un suspiro, dijo: ¡Ay, hermana! Grande mal hay, pues tú estás aquí; sal fuera, que no en vano me decia mi corazón este suceso. Pues viendo Laura que ya su hermano la habia conocido, con el mayor tiento que pudo, por no caer en la fosa, salió arrimándose á las paredes, y tal vez á los mismos ahorcados; y llegando donde su hermano lleno de mil pesares la aguardaba, no sin lágrimas se arrojó en sus brazos, y apartándose á un lado, supo de Laura en breves razones la ocasion que habia tenido por venir allá, y ella de él la que le habia traído á tal tiempo; y el remedio que don Carlos tomó fué ponerla sobre su caballo, y subiendo asimismo él, dar la vuelta á Piedrablanca, teniendo por milagrosa su venida, y lo mismo sintió Laura, mirándose arrepentida de lo que habia hecho. Cerca de la mañana llegaron á Piedrablanca; donde sabido de su padre el suceso, haciendo poner un coche, metiéndose en él con sus hijos é hija, se vino á Nápoles, y derecho al palacio del virey, á cuyos piés arrodillado le dijo que para contar un caso portentoso que habia sucedido, le

suplicaba mandase venir allí á don Diego Piñatelo, su yerno, porque importaba á su autoridad y sosiego. Su excelencia lo hizo así; y como llegase don Diego á la sala del virey, y hallase en ella á su suegro, cuñados y mujer, quedó absorto, y mas cuando Laura en su presencia contó al virey lo que en este caso queda escrito, acabando la plática con decir que ella estaba desengañada de lo que era el mundo y los hombres; y que así no queria mas batallar con ellos, porque cuando pensaba lo que habia hecho y dónde se habia visto, no acababa de admirarse; y que supuesto esto, ella se queria entrar en un monasterio, sagrado poderoso para valerse de las miserias á que las mujeres están sujetas. Oyendo don Diego esto, y negándole al alma el ser causa de tanto mal, en fin, como hombre bien entendido, estimando en aquel punto á Laura mas que nunca, y temiendo que ejecutase su determinacion, no esperando él por sí alcanzar de ella cosa alguna, segun estaba agraviada, tomó por medio al virey, suplicándole pidiese á Laura que volviese con él, prometiendo la enmienda de allí adelante. Hizolo el virey; mas Laura, temerosa de lo pasado, no fué posible que lo aceptase, antes mas firme en su propósito, dijo que era cansarse en vano, que ella queria hacer por Dios, que era amante mas agradecido, lo que por un ingrato habia hecho; con que este mismo dia se entró en la Concepcion, convento noble, rico y santo. Don Diego desesperado se fué á su casa, y tomando las joyas y dineros que halló, se partió sin despedirse de nadie de la ciudad, donde á pocos meses se supo que en la guerra que la majestad de Felipe III tenia con el duque de Saboya habia acabado la vida.

EL JUEZ DE SU CAUSA,

POR DOÑA MARIA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR.

Tuvo entre sus grandezas la nobilísima ciudad de Valencia, por nueva y milagrosa maravilla de tan celebrado asiento, la sin par belleza de Estela, dama ilustre, rica y de tantas prendas, gracias y virtudes, que cuando no tuviera otra cosa de qué preciarse sino de tenerla por hija, pudiera alabarse entre todas las ciudades del mundo de su dichosa suerte. Era Estela única en casa de sus padres, y heredera de mucha riqueza, que para sola ella les dió el cielo, á quien agradecidos alababan por haberles dado tal prenda. Entre los muchos caballeros que deseaban honrar con la hermosura de Estela su nobleza fué don Carlos, mozo noble, rico y de las prendas que pudiera Estela elegir un noble marido, si bien Estela, atada su voluntad á la de sus padres, como de quien sabia que procuraban su acrecentamiento, aunque entre todos se agradaba mas de las virtudes y gentileza de don Carlos, era con tanta cordura y recato, que ni ellos ni él conocian en ella ese deseo, pues ni despreciaba cruel sus pretensiones, ni admitia liviana sus deseos, favoreciéndole con un mirar honesto y un agrado cuerdo, de lo cual el galan satisfecho y contento seguia sus pasos, adoraba sus ojos y estimaba su hermosura, procurando con su presencia y continuos paseos dar á entender á la dama lo mucho que la estimaba. Habia en Valencia una dama de mas libres costumbres que á una mujer noble y medianamente rica convenia, la cual viendo á don Carlos pasar á menudo por su calle, por ser camino para ir á la de Estela, se aficionó de suerte, que sin mirar en mas inconvenientes que á su gusto, se determinó á dárselo á entender del modo que pudiese. Poníasele delante en todas ocasiones, procurando despertar con su hermosura su cuidado; mas como los de don Carlos estuviesen ocupados y cautivos de la belleza de Estela, jamás reparaba en la solicitud con que Claudia, que este era el nombre de la dama, vivia; pues como se aconsejase con su amor y el descuido de su amante, y viese que nacia de alguna voluntad, procuró saberlo de cierto, y á pocos lances descubrió lo mismo que quisiera encubrir á su misma alma, por no atormentarla con el rabioso mal de los celos. Y conociendo el poco remedio que su amor tenia, viendo al galan don Carlos tan bien empleado, procuró por la via que pudiese estorbarlo, ó ya que no pudiese mas, vivir con quien adoraba, para que su vista aumentase

su amor, ó su descuido apresurase su muerte. Para lo cual, sabiendo que á don Carlos se le habia muerto un paje, que de ordinario le iba acompañando, y le servia de fiel consejero de su honesta afición, aconsejándose con un antiguo criado que tenia, mas codicioso de su hacienda que de su hermosura y quietud, le pidió que diese traza cómo ella ocupase la plaza del muerto siervo, dándole á entender que lo hacia por procurar apartarle de la voluntad de Estela, y traerle á la suya, ofreciéndole, si lo conseguia, gran parte de su hacienda. El codicioso viejo, que vió por este camino gozaria de la hacienda de Claudia, se dió tal maña en negociarlo, que el tiempo que pudiera gastar en aconsejarla lo contrario, ocupó en negociar lo de su traje en el de varon y en servicio de don Carlos y su criado con la gobernacion de su hacienda y comision de hacer y deshacer en ella; venció la industria los imposibles, y en pocos dias se halló Claudia paje de su amante, granjeando su voluntad de suerte que ya era archivo de los mas escondidos pensamientos de don Carlos, y tan valido suyo, que solo á él encomendaba la solicitud de sus deseos. Ya en este tiempo se daba don Carlos por tan favorecido de Estela, habiendo vencido su amor los imposibles del recato de la dama, que á pesar de los ojos de Claudia, que con lágrimas solemnizaba esta dicha de los dos amantes, le hablaba algunas noches por un balcon, recibiendo con agrado sus papeles, y oyendo con gusto algunas músicas que le daba su amante algunas veces. Pues una noche que entre otras muchas quiso don Carlos dar una música á su querida Estela, y Claudia con su instrumento habia de ser el tono de ella, en lugar de cantar el amor de su dueño, quiso con este soneto desahogar el suyo, que con el lazo al cuello estaba para precipitarse.

Goce su libertad el que ha tenido
Voluntad y sentidos en cadena;
Y el condenado en amorosa pena,
El dudoso favor que ha prevenido.
En dulces lazos, pues leal ha sido,
De mil gustos de amor el alma llena,
El que tuvo su bien en tierra ajena
Triunfe de ausencia, sin temor de olvido.
Viva el amado sin favor celoso;
Y venza su desden el despreciado,
Logre sus esperanzas el que espera.
Con su dicha alegre el venturoso,
Y con su prenda el victorioso amado,
Y el que amare imposibles cual yo, muera.

En este estado estaban estos amantes, aguardando don Carlos licencia de Estela para pedirla á sus padres por esposa, cuando vino á Valencia un conde italiano, mozo y galán, pues como su posada estaba cerca de la de Estela, y su hermosura tuviese jurisdicción sobre todos enantos la llegasen á ver, cautivó de suerte la voluntad del Conde, que le vino á poner en puntos de procurar remedio, y el mas conveniente que halló, fiado en ser quien era, demás de sus muchas prendas y gentileza, fué pedirla á sus padres, juntándose este mismo día con la suya la misma petición por parte de don Carlos, que acosado de los amorosos deseos de su dama, y quizá de los celos que le daba el Conde viéndole pasear la calle, quiso darles alegre fin. Oyeron sus padres los unos y los otros terceros; y viendo que aunque don Carlos era digno de ser dueño de Estela, codiciosos de verla condesa, despreciando la pretension de don Carlos, se la prometieron al Conde; y quedó asentado que de allí á un mes fuesen las bodas. Sintió la dama, como era razón, esta desdicha, y procuró desbaratar estas bodas; mas todo fué cansarse en vano, y mas cuando ella supo por un papel de don Carlos cómo había sido despedido de ser suya. Mas como amor, cuando no hace imposible, le parece que no cumple con su poder, dispuso de suerte los ánimos de estos amantes, que viéndose aquella noche por la parte que solian, concertaron que de allí á ocho días previniere don Carlos lo necesario, la sacase y llevase á Barcelona, donde se casarian, de suerte que cuando sus padres la hallasen fuese con su marido, tan noble y rico como pudieran desear, á no haberse puesto de por medio tan fuerte competidor como el Conde y su codicia. Todo esto oyó Claudia, y como le llegasen tan al alma estas nuevas, recogióse en su aposento, y pensando estar sola, soltando las corrientes á su ojos, empezó á decir: Ya, desdichada Claudia, ¿qué tienes que esperar? Carlos y Estela se casan, amor está de su parte, y tiene pronunciada contra mí cruel sentencia de perderle. ¿Podrán mis ojos ver á mi ingrato en brazos de su esposa? No por cierto, pues lo mejor será decirle quién soy, y luego quitarme la vida. Estas y otras muchas razones decía Claudia quejándose de su desdicha, cuando sintió llamar á la puerta de su estancia, y levantándose á ver quién era, vió que el que llamaba á la puerta era un gentil y gallardo moro, que había sido del padre de don Carlos, y habiéndose rescatado, no aguardaba sino pasaje para ir á Fez, de donde era natural, que como le vió, le dijo: ¿Para qué, Hamete, vienes á inquietar ni estorbar mis quejas si las has oído, y por ellas conoces mi grande desdicha y aflicción? Déjamelas padecer, que ni tú eres capaz de consolarme, ni ellas admiten ningún consuelo. Era el moro discreto, y en su tierra noble, que su padre era un bajá muy rico, y como hubiese oído quejar á Claudia, y conocido quién era, le dijo: Oído he, Claudia, cuanto has dicho, y como aunque moro soy en algún modo cuerdo, quizá el consuelo que te daré será mejor que el que tú tomas, porque en quitarte la vida, ¿qué agravio haces á tus enemigos, sino darles lugar á que se gocen sin estorbo? Me-

gor sería quitar á Carlos y Estela, y esto será fácil si tú quieres; para animarte á ello te quiero decir un secreto que hasta hoy no me ha salido del pecho; óyeme, y si lo que quiero decirte no te pareciere á propósito, no lo admitas; mujer eres, y dispuesta á cualquier acción, como lo juzgo en haber dejado tu traje y opinión por seguir tu gusto. Algunas veces vi á Estela, y su hermosura cautivó mi voluntad; mira qué de cosas te he dicho en estas dos palabras. Quejaste que por Carlos dejaste tu reposo; dásle nombre de ingrato, y no andas acertada, porque si tú le hubieras dicho tu amor, quizá Estela no triunfara del suyo, ni yo estuviera muriendo. Dices que no hay remedio, porque tienen concertado robarla y llevarla á Barcelona, y te engañas, porque en eso mismo, si tú quieres, está tu ventura y la mía. Mi rescate ya está dado, mañana he de partir de Valencia, porque para ello tengo prevenida una galeota que anoche dió fondo en un escollo cerca del Grao, de quien yo solo tengo noticia. Si tú quieres quitarle á don Carlos su dama y hacerme á mí dichoso, pues ella te da crédito á cuanto le dices, fiada en que eres la privanza de su amante, ve á ella, y dile que tu señor tiene prevenida una nave en que pasar á Barcelona como tiene concertado, y que por ser segura, no quiere aguardar el plazo que entre los dos se puso, que para mañana en la noche se prevenga; señala la hora misma, y dándole á entender que don Carlos la aguardará en la marina, la traerás donde yo te señalare, y llevándomela yo á Fez, tú quedarás sin embarazo, donde podrás persuadir y obligarle á amarte, y yo iré rico de tanta hermosura. Atónita oyó Claudia el discurso del moro, y como no mirase en mas que en verse sin Estela y con don Carlos, aceptó luego el partido, dando al moro las gracias, quedando de concierto en efectuar otro día esta traición, que no fué difícil; porque Estela dando crédito, pensando que se ponía en poder del que había de ser su esposo, cargada de joyas y dineros, antes de las doce de la siguiente noche ya estaba embarcada en la galeota, y con ella Claudia, que Hamete la pagó de esta suerte la traición.

Tanto sintió Estela su desdicha, que así como se vió rodeada de moros, y entre ellos el esclavo de don Carlos, y que él no parecía, vió que á toda prisa se hacían á la vela, y considerando su desdicha, aunque ignoraba la causa, se dejó vencer de un mortal desmayo, que le duró hasta otro día; tal fué la pasión de ver esto, y mas cuando, volviendo en sí, oyó lo que entre Claudia y Hamete pasaba; porque creyendo el moro ser muerta Estela, teniéndola Claudia en sus brazos, le decía al alevoso moro: ¿Para qué, Hamete, me aconsejaste que pusiese esta pobre dama en el estado en que está, si no me habeis de conceder la amada compañía de don Carlos, cuyo amor me obligó á hacer tal traición como hice en ponerla en tu poder? ¿Cómo te precias de noble si has usado conmigo este rigor? Al traidor, Claudia, respondió Hamete, pagarle en lo mismo que ofende es el mejor acuerdo del mundo, demás que no es razón que ninguno se fie del que no es leal á su

misma nación y patria: tú quieres á don Carlos, y él á Estela; por conseguir tu amor quitas á tu amante la vida, quitándole la presencia de su dama; pues á quien tal traición hace, como dármele á mí por un vano antojo, ¿cómo quieres que yo me asegure de que luego no avisarás á la ciudad, y saldrán tras mí, y me darán la muerte? Pues con quitar este inconveniente, llevándote yo conmigo aseguro mi vida y la de Estela, á quien adoro. Estas y otras razones como estas pasaban entre los dos, cuando Estela, vuelta en sí, habiendo oído estas razones ó las mas, pidió á Claudia que le dijese qué enigmas eran aquellos que pasaban por ella; la cual se lo contó todo como pasaba, dando larga cuenta de quién era y por la ocasión que se veían cautivas. Solemnizaba Estela su desdicha, vertiendo de sus ojos dos mil mares de hermosas lágrimas, y Hamete su ventura, consolando á la dama en cuanto podia, y dándole á entender que iba á ser señora de cuanto él poseía, y mas en propiedad si quisiese dejar su ley; consuelos que la dama tenia por tormentos, y no por remedio, á los cuales respondió con las corrientes de sus hermosos ojos. Dió orden Hamete á Claudia para que mudando traje sirviese y regalase á Estela, y con esto haciéndose á lo largo se engolfaron en alta mar la vuelta de Fez. Dejémoslos ahora hasta su tiempo, y volvamos á Valencia, donde siendo echada menos Estela de sus padres, locos de pena, procuraron saber qué se había hecho, buscando los mas secretos rincones de su casa con un llanto sordo y semblante muy triste. Hallaron una carta dentro de un escritorio suyo, cuya llave estaba sobre un bufete, que abierta, decía así:

«Mal se compadece amor é interés, por ser muy contrario el uno del otro, y por esta causa, amados padres míos, al paso que me alejo del uno, me entrego al otro; la poca estimación que hago de las riquezas del Conde me lleva á poder de don Carlos, á quien solo reconozco por legítimo esposo: su nobleza es tan conocida, que á no haberse puesto de por medio tan fuerte competidor, no se pudiera para darme estado pedir mas ni desear mas. Si el yerro de haberlo hecho de este modo mereciere perdón, juntos volverémos á pedirle, y en tanto pediré al cielo las vidas de todos.»

» ESTELA. »

El susto y pesar que causó esta carta podrá sentir quien considerare la prenda que era Estela y cuánto la estimaban sus padres, los cuales dando orden á su gente para que no hiciesen alboroto alguno, creyendo que aun no habrían salido de Valencia, porque la mayor seguridad era estarse quedos, y que haciendo algunas diligencias secretas sabrían de ellos, dando aviso al virey del caso, la primera que se hizo fué visitar la casa de don Carlos, que descuidado del suceso, le trasladaron á un castillo, á título de robador de la hermosa Estela y escalador de la nobleza de sus padres, siendo el consuelo de ellos y su esposo, que así se intitulaba el Conde. Estaba don Carlos inocente de la causa de su prisión,

y hacia mil instancias para saberla; y como le dijese que Estela faltaba, y que conforme á una carta que se había hallado de la dama, él era el autor de este robo y el Júpiter de esta bella Europa, y que él había de dar cuenta de ella, viva ó muerta, pensó acabar la vida á manos de su pesar; y cuando se vió puesto en el aprieto que el caso requería, porque ya le amenazaba la garganta el cuchillo, y á su inocente vida la muerte, si bien su padre, como tan rico y noble, defendía, como era razón, la inocencia de su hijo. Quédese así hasta su tiempo, que la historia dirá el suceso; y vamos á Estela y Claudia, que en compañía del cruel Hamete navegaban con próspero viento la vuelta de Fez, que como llegasen á ella, fueron llevadas las damas en casa del padre del moro, donde la hermosa Estela empezó de nuevo á llorar su cautiverio y la ausencia de don Carlos; porque como Hamete viese que ni con ruegos ni caricias podia vencerla, empezó á usar de la fuerza, procurando con malos tratamientos obligarla á consentir con sus deseos por no padecer, tratándola como á una miserable esclava, mal comida y peor vestida, y sirviendo en la casa de criada, en la cual tenia el padre de Hamete cuatro mujeres, con quien estaba casado, y otros dos hijos menores. De estos dos el mayor se aficionó con grandes veras de Claudia, la cual segura de que si como Estela no le admitiese la tratarían como á ella, y viéndose tambien excluida de tener libertad ni de volver á ver á Carlos, cerrando los ojos á Dios, renegó de su santísima fe, y se casó con Zaide, que este era el nombre de su hermano; con lo cual la pobre dama pasaba triste y desesperada vida, y así pasó un año, y en él mil desventuras, si bien lo que mas le atormentaba eran las persecuciones de Hamete, quien continuamente la molestaba con sus importunaciones.

Desesperado pues de remedio, pidió á Claudia con muchas lástimas diese orden de que por lo menos, usando de la fuerza, pudiese gozarla; prometiéndose Claudia, y así un día que estaban solas, porque las demás eran idas al baño, le dijo la traidora Claudia estas razones: No sé, hermosa Estela, cómo te diga la tristeza y congoja que padece mi corazón en verme en esta tierra y en tan mala vida como estoy; yo, amiga Estela, estoy determinada á huirme, que no soy tan mora que no me tire mas el ser cristiana, pues el haberme sujetado á esto fué mas de temor que de voluntad; cincuenta cristianos tienen prevenido un bajel, en que hemos de partir esta noche á Valencia; si tú quieres, pues vinimos juntas, que nos volvamos juntas, no hay sino que te dispongas, y que nos volvamos con Dios, que yo espero en él que nos llevará en salvamento, y si no, mira qué quieres que le diga á Carlos, que de hoy en un mes pienso verle; y en lo que mejor puedes conocer la voluntad que te tengo es en que, estando sin tí, puede ser ocasión de que Carlos me quiera; y para lo contrario me ha de ser estorbo tu presencia; mas con todo eso me obliga mas tu miseria que mi gusto. Arrojóse Estela á los pies de Claudia, y la suplicó que pues era esta su determinación, que no la dejase, y vería con las veras